

Se publica una novela que era inédita aún en español de Arthur Conan Doyle cuando ya se estaba convirtiendo en el futuro escritor que crearía al inmortal Sherlock Holmes. En «Las cartas de Stark Munro», publicada originalmente en 1895, se narran una serie de peripecias que además coinciden en algunos puntos con la trayectoria del propio y genial escritor

Memorias del doctor Doyle

TONI MONTESINOS - MADRID

En fechas recientes, tuvimos al alcance, gracias a la editorial Valdemar, una joya que arrojaba algunas luces sobre los textos de ficción de Arthur Conan Doyle: su autobiografía, que el propio autor no dudó en calificar de aventurera. Así, en «Memorias y aventuras» evocó a su familia irlandesa y siete meses de su juventud en un ballenero en el Ártico como médico, sus inicios profesionales en Southsea –según él, ser doctor era algo también lleno de «peligros y celadas», los primeros éxitos literarios en los periódicos, su encuentro con Oscar Wilde, que conocía su obra, su temprano interés por los «estudios psíquicos»... Doyle presumió además de practicar deportes como el boxeo, el críquet o el automovilismo, e incluso de ser el primero en introducir el esquí en Suiza para desplazamientos largos, aparte de recordar su otro empleo en un barco comercial por la costa de África Occidental. Y añadía: «He participado en tres guerras: la de Sudán, la de Suráfrica y la guerra con Alemania».

Un frenesí de actividad, estudios y viajes que tendría como punto de inflexión su traslado a Londres en 1891, a los treinta y dos años, para dedicarse a la oftalmología; aquejado de una gripe que a punto estuvo de terminar con él (acababa de morir su querida hermana por eso) y reconocer que su consulta médica no acababa de funcionar, terminaría por decantarse definitivamente por la literatura. Pero no de cualquier manera, y ahí viene su admirable premisa: «Yo estaba decidido a no escribir nunca nada que no fuera bueno;

por tanto, no escribiría ninguna historia de Holmes que no fuera interesante y que a la vez me interesara a mí también, requisito éste primordial para apasionar a cualquier lector». En efecto, Doyle argüía el hecho de no escribir precipitadamente desde el primer relato hasta el que iba a ser el último, con Sherlock desapareciendo en unas cataratas, y se preguntará si posee algunas de las cualidades de Sherlock, dejando entrever al fin que «soy simplemente el Watson que parezco».

Este Doyle iniciático, joven, que vive aventuras, busca estabilidad laboral y se está proponiendo una carrera literaria

queda reflejado en una novela que, curiosamente, aún estaba inédita en español, «Las cartas de Stark Munro», que el autor publicó en 1895, «en plena cumbre de su fama literaria, para contemplar retrospectivamente su juventud, su iniciación en la vida adulta, los comienzos de su ejercicio de la medicina y los albores de su transformación en escritor profesional». Son palabras de la traductora, Victoria León, que alude a la autobiografía de Doyle en el punto en que éste explica que un amigo le dijo que las cartas que solía escribir tenían «una viveza especial» y que estaba seguro de que podría llegar a vender a alguna publica-

ción varias de las cosas que escribía. Ese pequeño estímulo tendría grandes consecuencias, pues a partir de ello Doyle se sentó a escribir un cuento de aventuras titulado «El misterio del valle Sassassa» con el que, en efecto, ganó 3 guineas.

Mirada introspectiva

Así, las dieciséis cartas escritas por J. Stark Munro a su amigo Herbert Swanborough, de Massachusetts, y fechadas a inicios de los años ochenta del siglo XIX, conforman, aparte de una novela entretenida por las peripecias que se van contando, una suerte de mirada introspectiva del autor de Edimburgo. Como él, Stark Munro es un recién graduado de la escuela de medicina que explica en sus cartas lo que le cuesta abrirse camino, junto a un «curioso individuo a la vez brillante, disparatado y sin escrúpulos», como dice León, James Cullingworth. Este era la encarnación de un hombre real, George Turnavine Budd, «compañero de estudios de Conan Doyle en la Universidad de Edimburgo y destacado jugador de rugby (como también lo fue Leonard Stokes, el trasunto real del Watson literario) con quien vivió una experiencia similar a la que narra, y con idénticos tintes pintorescos, al unirse en 1882 a su consulta médica en Plymouth».

Por todo lo dicho, este libro es una nueva oportunidad para los amantes del escritor de conocer su pensamiento y recuerdos fidedignos –de hecho, el propio Doyle dijo: «Mi actitud mental aparece descrita con bastante exactitud en «Las cartas de Stark Munro»–, aunque sean disfrazados mediante la ficción narrativa. Doyle ya se basó en dos profesio-

Las lágrimas de su madre

Pocas frases hay más célebres que la pronunciada por Sherlock Holmes (en la imagen, Douglas Wilmer, que le interpretó en los sesenta) a su ayudante: «Elemental, querido Watson». Y es que todas sus investigaciones han de basarse en la deducción sensata a partir de la minuciosa observación. Alto y espigado, de «mirada aguda y penetrante», el personaje de Doyle aparece en 1887, en la novela corta «Estudio en escarlata» (protagonizará tres novelas más y cincuenta y seis cuentos). ¿Y cuáles sus aficiones? La apicultura, el



boxeo, tocar el violín. ¿Sus hábitos? Comer galletas y tomar cocaína en casa, en el famoso 221 de Baker Street, de Londres. ¿Sus enemigos? El profesor Moriarty, líder de la criminalidad europea, que tira al detective por unas cataratas en «El problema final». Pero Doyle, empujado por las protestas y súplicas de sus lectores, entre ellos su propia madre, resucitaría a su personaje, hoy más vivo que nunca.



res a los que conoció en su etapa académica científica para construir los personajes de Sherlock Holmes y el profesor Challenger –protagonista de obras como «El mundo perdido» (1912)–, y en «Las cartas de Stark Munro» se puede hacer ese ejercicio de conectar lo real con lo narrativo. Tenemos a un Doyle que solicita un puesto en una docena de hospitales de cirugía, «pero se encuentra la misma competencia cuando se busca un miserable puesto de cien al año que si se tratara del mismísimo virreinato de la India»; y a un Doyle que alaba a su madre, «una mujer muy culta», lectora de literatura francesa inglesa; a un Doyle que, en el ámbito médico en el que se



El cazador de focas

Doyle tenía veinte años y cursaba tercero de medicina cuando un amigo le propuso sustituirle para ir al Polo Norte como médico a bordo de un ballenero. Se pudo conocer este episodio en 2016 gracias a «Viaje al Ártico» (editorial Confluencias). Durante el trayecto, anota las inclemencias climáticas, las conversaciones con el capitán, sus momentos de ocio o cómo se cae una y otra vez al agua gélida. Pero lo más impactante es imaginarlo matando focas: «Es un trabajo sangriento, aplastar las pobres cabecitas mientras te miran con los ojos grandes y negros».

instala, escribe sobre la locura como algo escalofriante y se pregunta dónde está la esencia verdadera del ser humano más allá del plano fisiológico.

Y en medio de todo ello, antes de que se asocie con el excéntrico Cullingworth para atender a pacientes a los que éste trata de forma igualmente esperpéntica, se suceden las meditaciones de Doyle sobre el catolicismo y el protestantismo («Confieso que nunca he logrado entender la postura del ateo»), el enfoque de la escritura («A menudo me he preguntado por qué quienes escriben no intentan el retrato de la vida interior de un joven desde la pubertad hasta la edad en la que empieza a encontrar mini-

mamente su lugar en el mundo»), el matrimonio («Veo cada vez más claro que tanto hombres como mujeres somos criaturas incompletas, fragmentarias y mutiladas mientras permanecen en soltería»), el alcoholismo o la inmoralidad.

«Un pésimo narrador»

En un momento dado, hacia la mitad del libro, se excusa en una carta a su amigo diciendo: «Bueno, sé que soy un pésimo narrador de historias. Solo intento llevar las cosas lo más cerca de la verdad que puedo». Dice esto el mismo escritor que crearía uno de los personajes más célebres de todos los tiempos y un montón de tramas absorbentes

Médico lector
Doyle se animó a comenzar a escribir después de que un amigo le dijera que sus cartas tenían «una viveza especial»

y geniales, el Sherlock Holmes del que, por cierto, reflexionó en una novedad reciente que, como ésta epistolar –que, por cierto, tiene un desenlace sorprendente y trágico–, arroja luz sobre la psique y los gustos del escritor: «Mis libros. Ensayos sobre lectura y escritura» (editorial Páginas de Espuma). Aparecido hace solo unos meses, se trataba de un conjunto de conferencias, entrevistas y artículos dividido en tres diáfanos apartados: «Sobre sus libros», «Sobre Sherlock Holmes» y «Sobre sus lecturas», en uno de cuyos artículos, «Cómo escribo mis libros», Doyle declaraba: «He transitado por diversos campos. Pocos hay que no haya visitado. He escrito entre

veinte y treinta obras de ficción, libros de historia sobre dos guerras, varios títulos de ciencia paranormal, tres de viajes, uno sobre literatura, varias obras de teatro, dos libros de criminología, dos panfletos políticos, tres poemarios, un libro sobre la infancia y una autobiografía. Para bien o para mal, no creo que haya mucha gente con mayor trayectoria». ¿Quién podría poner tal cosa en duda?



«LAS CARTAS DE STARK MUNRO»
Arthur Conan Doyle
EL PASEO EDITORIAL
272 págs.,
19,95 euros